

REFERENCIAS A LA ALFARERÍA CANARIA, LOS TEXTOS DE LOS SIGLOS XVI AL XX.

SIGLOS XVI al XVIII

CRÓNICA OVETENSE (CAPÍTULO XXII): (EN: "CANARIAS : CRÓNICAS DE SU CONQUISTA", MORALES PADRÓN, FRANCISCO. Las Palmas de Gran Canaria, 1978)

... ordenaban sus banquetes y comidas de mucha carne asada y cosida, y aunque más usavan de lo asado y algunas veces la freyan en casuelas con manteca; a este guisado lo llamaban Camarona (tamorano), demás desto comían mucho gofio, que hasían de harina de sebada tostada y la amasaban con leche y con el caldo de la olla, ... (Folio 127 vº) (pág:161).



... Las mujeres hasían esteras de juncos majados y curados para se cubrir y para colchones como está dicho, que éste era su ordinario exersisio, como entre nosotros lo es el hilar y labrar. Hasían también ollas de barro grandes y pequeñas y casuelas y otras cosas en que comían "... Tenían por toda la tierra casas probeydas con sebada y casuelas grandes en que tostarla y molinillos pequeños de mano en que molerlas ..." (Folio: 128) (pág:163).

CEDEÑO, ANTONIO (Capítulo: XV) (EN: "CANARIAS : CRÓNICAS DE SU CONQUISTA", MORALES PADRÓN, FRANCISCO. Las Palmas de Gran Canaria, 1978)

...Tenían mujeres dedicadas para sastres, como para hacer loça de que usaban que eran tallas como tinajuelas para agua. Haciánlas a mano i almagrábanlas i estando enjutas las bruñían con piedras lisas i tomaba lustre mui bueno i durable. Haciánlos grandes i pequeños tasas i platos, todo mui tosco i mal pulido; a las ollas para el fuego i cazolones no daban almagra, después de esto hacían un (...) en la tierra onde ponían la losa i cubrían



con tierra, i ensima hacían lumbre por un día u el tiempo necesario para coçer su losa, i seruía mui bien. (pág:371).

GÓMEZ SCUDERO, PEDRO (Capítulo: XIX) (EN: "CANARIAS : CRÓNICAS DE SU CONQUISTA", MORALES PADRÓN, FRANCISCO. Las Palmas de Gran Canaria, 1978):

... La manteca i el seuo lo guardan en ollas (Folio 65 vº)

Ponían en cada lugar sus justicias con salarios, había preuención particular en ellos, por si acaso hubiese guerra, de bastimentos, armas de todos géneros que usaban y tostadores i casolones de barro i tahonillas de mano, llamados molinillos, ... (Folio 66 vº)



... Después de los vales, onde hacían zonzonetes con piedresuelas i tiestos de varro ...(Folio 67)

... Las mujeres texen steras de juncos maxados y curados para mantas y colchones, i éste era el ordinario exercicio de todas todos los días i en el uso de palma no sabían bien. Hacían ollas i casuelas de varro, i tostadores de greda pardo con arena i molinitos que labraban con piedras viuas.(Folio 68)

"HISTORIA DE LA CONQUISTA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA. 1593 Ó 1602" ABREU GALINDO, FRAY JOSÉ DE (Libro: II; capítulo: IV)



Usaban ollas y cazuelas en que hacían sus comidas, hechas de barro, que llamaban gánigos, cocidas al sol.

"HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA. ORIGEN, DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA. 1694". MARÍN Y CUBAS, TOMÁS ARIAS:

... hacían loza, de barro o greda parda mezclada con arena, platos, gánigos o barreñoncillos pailones o cazolones para echar agua; untaban con almagra los cuarterones y bruñíanlos con gujarrillos; cocían la loza en un hoyo en el suelo cubierto de arena y encima mucho fuego, y salían buenos.



"TOPOGRAFÍA DE LA ISLA FORTUNADA GRAN CANARIA. 1678" SOSA, FRAY JOSÉ DE. (Libro III; capítulo III, página 211; Santa Cruz de Tenerife, 1849).

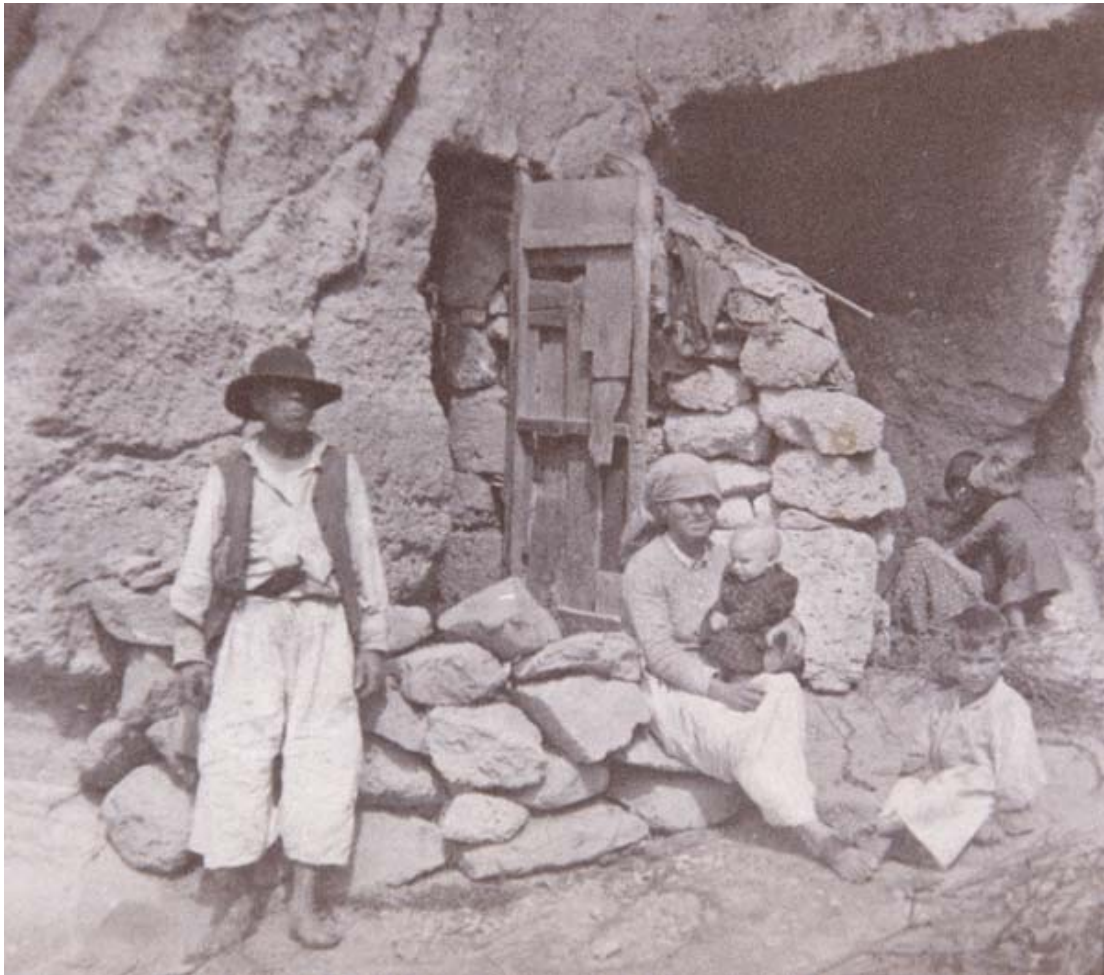
Hacían los Canarios loza de barro para su servicio, sin molde, torno ni otro artificio alguno más que el de sus manos. Y aún hasta hoy se hace para el común servicio de los campos y aldeas: dejo ya que para las ciudades y otras partes políticas obran barros curiosos y de estima, de color rojo; y para enfriar aguas son muy preciados: mayormente los de la ciudad de Telde, que los embarcan para las otras islas, de regalo a España y otros reinos, porque es cierto que su hermosura y vista deliciosa hecha a rodar los búcaros de Avero, los barcos de Sevilla y sus talletas o alcarrazas blancas. Para esto tenían los canarios mujeres oficiales muy diestras, que le sabían dar la templa, lo cual ha

quedado de unas en otras hasta hoy, que con la delgadez de los ingenios y continua experiencia de las cosas, hacen estas manufacturas muy curiosas.

"EXTRACTO DE LAS ACTAS DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS. 1777-1790" VIERA Y CLAVIJO, JOSÉ DE. (Capítulo VIII, "Conservación de Montes" páginas 63, 64 y 69).(Madrid, 1981)

"...; y que sabía que una pobre mujer de La Atalaya había mantenido con esta industria (cogiendo tomates silvestres) su familia,..."

"... Últimamente, añadió que hasta de los relinchones secos sacaban beneficio los



vecinos de La Atalaya, porque cocían su loza con más ventajas que con leña fuerte."

..., acordó en 17 de febrero de 1783 pasar oficio al señor Corregidor Eguiluz, suplicándole con las más vivas y dolorosas expresiones se sirviese poner eficaz remedio a tanto mal, conteniendo las talas, haciendo replantar el Lentiscal, acotando por trozos...

SIGLOS XIX Y XX

"DIECISEIS AÑOS DE LA VIDA DE UN ARTISTA EN MARRUECOS Y LAS ISLAS CANARIAS". MURRAY, ELIZABETH. 1859. Cap.: VIII; págs.: 184-189.

Que yo conozca no hay lugar más agradable en la isla al que se pueda hacer una excursión con buen tiempo que La Atalaya. El aspecto del lugar es muy notable, presentando a primera vista la apariencia de un cráter extinto. Examinando con mayor atención encontramos que se le dio la forma de un inmenso tazón cuyos lados fueron perforados con gran cantidad de cuevas. Dichas cuevas, diferentes unas de otras en tamaño, ascienden en hileras como los palcos de un teatro, por la pendiente en que están



situadas hasta el mismo filo de la gran taza natural. Aunque algunos encontrarán dificultad para dar crédito a la afirmación, es cierto, pese a ello, que estas madrigueras constituyen las viviendas de una población considerable. El lugar es, literalmente, un pueblo de cuevas, con una población que suma, según se dice, alrededor de dos mil almas.

Aunque son ciertamente un tipo de gente de inculto y salvaje aspecto, ejercen una forma regular de industria, siendo alfareros por negocio. Me favorecieron con la oportunidad de observar algunos productos de su habilidad, que estaban tan bien terminados que, en algunos casos, no hubieran hecho desmerecer a los artistas de lugares más civilizados que hubiesen tenido la ventaja de una instrucción en su oficio más cuidadosa y sistemática. Vi múltiples utensilios con formas muy elegantes, aunque un experto hubiera podido detectar algunos fallos en lo que respecta a la perfecta simetría de la forma. Con todo, muchas de las piezas me recordaron las vasijas de la cerámica Etrusca, con la que guardaban un parecido considerable.

De ningún modo es esta la gente que mejor impresión me haya causado. Sus semblantes eran morenos y amenazadores, sus maneras incultas y salvajes, y su apariencia la de una comunidad errante de gitanos a los que se asemejaban más que a los habitantes de un poblado tranquilo y ordenado, pese a que sus casas eran las cavernas de la tierra. Tal como previmos, pronto fuimos rodeados por mendigos, ávidos y ruidosos en sus demandas. Sus perros de aspecto fiero, con ojos inyectados en sangre, que miraban con sospecha fiel a todos los extraños, olfateaban y gruñían a nuestro alrededor. Me pareció que habíamos encontrado el camino en medio de una compañía que no era de mejor y más seguro carácter, y no puedo decir que me encontrase cómoda entre una horda tan osada. Solamente iba con dos compañeros, y cuando uno de ellos, excitado hasta el enfado por la porfía de los numerosos mendigos, les habló con bastante brusquedad, no pensé que eso nos diera seguridad, y desee que hubiera guardado sus reproches hasta haber estado a una cierta distancia de ellos. De todas formas, como ya no podíamos evitarlo, pensé que era aconsejable asumir el aspecto de tanta indiferencia y compostura como me fuera posible, puesto que, con gente tan licenciosa, lo más peligroso del mundo es mostrar que les tienes miedo. Así que, me senté y saqué mi libreta de bocetos y los materiales de dibujo. Me puse a trabajar rodeada de centenares de personas que se juntaron por curiosidad y pronto reproduje en papel la bárbara escena y las figuras salvajes que había estado mirando. Mis temores debieron haber exagerado mucho las causas de alarma que había imaginado, pues no sufrí interrupciones en mi trabajo. Sin duda, había una enorme curiosidad por ver qué estaba haciendo, pero no brutalidad ni violencia. Cuando hube terminado la tarea del día, volví a recoger mis instrumentos y, tras la curiosidad de la que seguía siendo objeto, inicié la marcha sin sufrir ninguna molestia por la presencia de estos casi ignorantes salvajes.

Teniendo ahora más confianza en mis amigos los alfareros de las cuevas, al día siguiente fui sola a visitar su localidad y a ellos mismos. Digo sola porque mi único compañero era un muchacho llamado Juanito, de unos catorce años, a quien había llevado conmigo para que cuidase mi burro. Tan pronto como empecé a hacer los preparativos para dibujar fui observada por algunos ojos vigilantes y multitudes iguales en número a los que me habían acosado el día anterior, se reunieron alrededor del lugar en el que me había situado. Sin embargo, no sólo encontré que se comportaban muy bien, sino que además estaban excesivamente corteses y solícitos. Estaban atentos para realizar cualquier pequeño servicio que yo requiriera, y me trajeron esteras para que tuviese un asiento más cómodo. Cuando comencé a dibujar se produjo una conmoción entre ellos, se esforzaban para acercárseme y atraer mi atención hacia ellos individualmente. Al preguntarles qué deseaban, se me informó que estaban ansiosos de ser incluidos en mi boceto. Así, tuve una excelente provisión de modelos, algunos de ellos con rostros de lo más expresivo, de facciones profundamente marcadas, de complexión morena y ojos centelleantes.

De todas formas tuve cuidado de no darles dinero, puesto que temía que al verlo se les pudiera excitar su codicia, y les llevara a pedir o esperar más del que yo estaba dispuesta a dar. Por ello, como medida de precaución, no había llevado ninguno conmigo. Con todo, les dije que si deseaban alguna cosa, podían pedirla en mi residencia al día siguiente. Para ellos el dinero no parecía ser tanto un objeto de deseo como los vestidos. Estaban increíblemente ansiosos de conseguir cualquier artículo para vestir, pero hubiera requerido las mercancías depositadas en el emporio de un Moses o Jacob en Houndsditch para responder a las ávidas demandas que hacían a mi generosidad. Tuve que ser muy liberal en las promesas, única moneda con que podía pagarles en aquel momento. Emplazándolos a la mañana, les prometí que entonces vería lo que podía hacer para satisfacer al menos unos pocos de los apremiantes bienes que tan urgentemente solicitaban les proporcionase.

"TENERIFE Y SUS SEIS SATÉLITES". STONE, O.M. 1887. Tomo II, págs.: 175-180

Existen varios pueblos de cuevas en Gran Canaria pero quizás podrían seleccionarse tres como los principales, cada uno perfectamente diferenciado en cuanto al carácter y la forma de vida de sus habitantes. Cerca de la ciudad de Las Palmas hay cuevas-vivienda cerca de la carretera que va a San Mateo. Sus habitantes forman el estrato social más bajo de la ciudad, los que no pueden, o no quieren, pagar alquiler alguno. No solamente viven allí los más pobres sino también los de peor calaña. Después está Artenara. Las cuevas están habitadas por respetables agricultores, gente tan respetable, tanto social como moralmente, como sus vecinos. Como ya he mencionado el interior de sus casas es limpio y cómodo. Sin duda es la pobreza lo que les obliga a vivir en cuevas, la pobreza de un terreno, que aquí equivale a dinero. Ser pobre, sin embargo, no es ningún crimen.



El tercer pueblo de cuevas es La Atalaya. Aquí vive un pueblo de alfareros. Toda la alfarería de barro que utilizan en los campos se fabrica en estas cuevas. La gente ha vivido aquí generación tras generación; son muy pobres e ignorantes y quizás un poco

rudos. Tienen también una mala costumbre, de la cual nos advirtieron a tiempo, afortunadamente. Les gusta robar y son capaces de robar ante tu propia mirada.

La Atalaya está situada en la falda de una montaña redonda que, de mitad para abajo, está horadada por cuevas, muy juntas unas de otras. El otro lado de la montaña es tierra verde de pasto y la zona debajo de las cuevas está distribuida en bancales y cultivada. En este momento en los bancales hay papas plantadas.

Debajo se extiende un valle y alrededor hay montañas, todas verdes y frescas después de las recientes lluvias, mientras que al fondo se elevan las montañas del centro de la isla. Cerca del pueblo, antes de entrar en él, pasamos junto a una cantera. Los hombres estaban cortando las piedras en trozos cuadrados y bien formados. Esta piedra es una especie de granito gris liso, increíblemente duro. Se utiliza para construir, sirven para hacer unos excelentes rodillos y se está utilizando en la construcción del nuevo puerto de refugio.

Al acercarnos al pueblo, nos cruzamos con unos muchachos desarrapados, muy desarrapados. La solitaria prenda de algodón blanco que llevan parece casi incapaz de mantenerse unida. El resto de los habitantes resultaron semejantes a esta vanguardia, todos en harapos. Sin embargo, la apacible belleza del emplazamiento de las cuevas es difícil de sobrepasar. El valle que está debajo, un barranco que llega hasta Jinámar, tiene dos montículos en el centro, cultivados y verdes; un poco más allá las montañas a cada lado casi se cierran, dejando sólo espacio suficiente para una espléndida vista del mar. Las Palmas, aunque está tan cerca, se encuentra oculta 1.700 pies más abajo. A nuestro alrededor sólo hay montes cubiertos de verde y valles sinuosos y estas curiosas casas como madrigueras, con sus habitantes salvajes y casi incultos.

La alfarería es muy simple y primitiva. Nos invitaron a entrar en una cueva. La única luz penetraba por la puerta abierta. A nuestra izquierda había un cochino, rodeado por un muro muy bajo de piedras, y al fondo, en una esquina, había un montón de tierra grisácea. Sentada sobre el suelo con las piernas cruzadas, en el centro de la cueva, había una anciana. Delante tenía una piedra lisa, de alrededor de un pie y medio cuadrado, a un lado, una masa informe de barro gris y al otro un cuenco de barro lleno de agua. La forma regular de las diversas vasijas, braseros y otros artilugios de alfarería nos habían hecho suponer, aunque erróneamente, que habían sido hechos con un torno. La mujer estaba

acabando un cántaro y le preguntamos si no le importaba empezar otro para que pudiéramos observar todo el proceso, y aceptó inmediatamente. Tomando un trozo de arcilla y humedeciéndolo, rápidamente lo amasó con las manos formando una bola y después, colocándola sobre la piedra, la extendió, presionándola, hasta darle la forma de cuenco, haciéndola girar continuamente para mantener la forma circular. Después tomó un pequeño pedazo de arcilla y dándole forma oblonga, la enrolló por todo el borde del cuenco, aumentando así su altura. Este proceso se repitió una y otra vez hasta que la vasija era lo bastante grande, manteniendo la mano izquierda siempre dentro de ella para poder hacerla girar y, cuando sentía que no tenía suficiente grosor en algún sitio, le añadía arcilla. Una sección que estaba doblada hacia fuera en la parte superior gradualmente tomó la forma del pico. Esta parte del proceso de alfarería, aunque aparentemente la más difícil, es la más rápida. No tardó ni siquiera diez minutos en llevarla a cabo y el resultado fue increíblemente regular, sin molde o patrón de ningún tipo. Antes de comenzar envió a un muchacho a traerme una silla. Me sentaron muy cerca del cochino. Un grupo de niños nos acompañaba y todos contemplaron cómo se iba haciendo la vasija, como si nunca hubieran visto nada igual. Sin duda al ver la expresión de concentración de nuestras caras pensaron que debía haber algo nuevo y maravilloso en lo que para ellos era un proceso antiguo y familiar. Una vez que la vasija gris estuvo terminada la pusieron al sol a secar. Cuando están lo suficientemente duras, trazan rayas por afuera con una piedra lisa y oblonga. Las piedras utilizadas para esto las recogen en la orilla del mar. Estas rayas incrementan el trabajo pero no añaden mucho a la belleza del resultado final. Sin embargo, es curioso observar que se han encontrado rayas exactamente iguales en las vasijas de los guanches, quienes sin duda hacían su alfarería de forma parecida.

A continuación vimos el proceso de cocción. Los hornos son circulares, contruidos con piedras y con los huecos entre ellas rellenos con barro, muy parecidos, aunque mayores, a los hornos de pan que se utilizan en todas las islas. Quemamos todo tipo de palos, ramitas y leña menuda, y vimos con frecuencia a muchachos y hombres trayendo leña desde todos los puntos cardinales para La Atalaya. En el horno colocan grandes piedras redondas que se usan para levantar por un lado las vasijas y los diferentes artículos para que el calor pueda alcanzar toda la superficie al mismo tiempo. El calor de estos hornos es enorme y no se puede uno acercar a menos de una yarda, más o menos, de las bocas, sin quemarse. Por lo tanto, cuando hay que mover las piezas, utilizan dos varas largas de pino para cambiar de sitio las piedras calientes en el horno y para sostenerlas. Las puntas chamuscadas de las varas se rocían con agua cada vez que se sacan del horno. Tomamos

una fotografía de un hombre cuando estaba moviendo algunas piezas. Cerca del horno, bajo una plataforma de roca que sobresalía, habían colocado las vasijas cocidas y las que iban a cocer. El color gris de estas últimas y el rojo de las demás formaban un agradable contraste y pensamos que era una pena que no pudiese conservarse el gris cuáquero que tiene la arcilla cruda. El barro lo traen de un lugar del valle algo alejado.

Cuando las piezas están listas para vender, las mujeres llevan sobre sus cabezas grandes cestas llenas de cántaros, braseros y vasijas para tostar gofio y café, hasta Las Palmas, a unas cinco millas de distancia. El precio de un cántaro como el que vimos haciendo era de *un penique*. No es de extrañar que los habitantes de La Atalaya, a pesar de no pagar alquiler, se encuentren entre los más pobres de las islas.

Cuando primero nos vieron desde las cuevas, estos trogloditas salieron todos y oíamos claramente una especie de murmullo. Los niños parecían hormigas en un hormiguero, por encima, por debajo, y todo a nuestro alrededor; golfillos salvajes deharrapados y pequeños, a veces desnudos, sin modales ni educación. En la entrada de muchas cuevas había piezas de barro en diversas fases de acabado. El trabajo principal de la población es la alfarería y no se respira otra cosa, los propios niños imitan a sus mayores en sus juegos. Extrañamente, aunque viven tanto al aire libre y bajo el fuerte sol, la gente tiene, en general, una piel más clara que muchos otros en las islas. En la mayoría de los casos, los niños tenían pelo rubio y, muchos de ellos, ojos azules. Rara vez, en realidad nunca, hemos visto ojos grises. Si no son castaños, son azules.

Abriéndonos camino por los senderos que discurren por delante detrás y encima de las cuevas, trepando arriba y abajo por los escalones de arcilla que hay entre las casas, gastados por el uso, abandonamos a los alfareros, guiados, protegidos y acompañados, como cuando llegamos, por aquella joven población de rostros afilados, cabezas descubiertas y pies descalzos.

"EXCURSIONES Y ESTUDIOS EN LAS ISLAS CANARIAS". EDUARDES, CHARLES. 1888; cap.: XX; págs.: 323-324.

Siguiendo un atajo que atravesaba las montañas, Pancho me condujo en menos de media hora hasta la villa de La Atalaya, cuyos cacharros de barro se venden en el mercado de Las Palmas. El nombre de "villa" quizá sea demasiado halagador para este lugar. "Colmena" sería más apropiado, ya que se trata de un ingente número de cuevas practicadas en la vertical faz de un aislado risco de piedra arenosa, que va a caer sobre una cañada por la que discurre un riachuelo. La Atalaya es el Burslem de Gran canaria. Cada cueva contiene los primitivos utensilios para la manufactura de la alfarería isleña. Hombres, mujeres y niños, ligeramente vestidos, se agachan bajo el sol que calienta las entradas a sus moradas y manipulan el barro con rapidez y destreza.



Pancho me confirmó la extendida opinión acerca de los habitantes de La Atalaya. Carecen de moralidad y viven como animales. La Iglesia no interfiere en sus asuntos. Desde la empinada cumbre de su risco-vivienda, pueden contemplar el hermoso pueblecito de Santa Brígida, distante una milla y rodeado de árboles frutales, palmeras y estanques. Más para ellos el cura de Santa Brígida es como si no existiera. Los chiquillos desnudos se revolcaban ante la mirada de sus madres, y las ya crecidas muchachas, que abandonaban sus tareas para seguirnos, observarnos y reírse de nosotros, iban ataviadas con la menor cantidad de ropa posible. Incluso las matronas de la comunidad, gruesas

mujeres morenas, lucían faldas que exhibían sus desnudas piernas, espectáculo que haría estremecer a nuestro lord Chamberlán. Pero tampoco la vida al aire libre había dotado a todos de una vigorosa salud. Las deformidades y las enfermedades parecían castigarles. "Date la vuelta, niña, y enseña la joroba", dijo una madre a uno de sus desafortunados retoños, de cuya deformación ella estaba especialmente orgullosa. Una vez acabada la exhibición, la pobrecilla víctima extendió la mano en busca de cuartitos.

Este curioso asentamiento humano es tan antiguo que es probable que sus hombres y mujeres sean los únicos en toda la Isla que perpetúen la sangre de los aborígenes grancanarios. Sosa, al escribir en 1678, dice que los nativos poseían la habilidad de fabricar vasijas de barro sin emplear molde, torno o cualquier clase de instrumento, y que esas vasijas eran de uso común en todos los pueblos. La Atalaya, en consecuencia, mantiene dicha reputación. Después de permanecer sentado unos minutos junto a la cueva de una habilidosa anciana, contemplándola mientras cogía la blanda arcilla con las manos, la separaba y la trabajaba, para al cabo de dos o tres minutos ofrecerme una tosca, aunque bien formada tinaja decorada con intrincadas incisiones, todo ello producto exclusivo de sus dedos; y después de observar con detenimiento los rasgos de la multitud que se congregó en torno nuestro, sus anchas mandíbulas, grandes ojos de un color avellana más pálido que el de los españoles, y sus modales agrestes y espontáneos, entonces fue cuando me convencí de que en este lugar había todavía sangre aborigen. Esto parece bastante probable. Los civilizados habitantes de las poblaciones adyacentes antes se casarían con una negra que con una mujer de La Atalaya, por lo que desde tiempo inmemorial las gentes de esta localidad han cohabitado entre ellos.

"PROCEDIMIENTOS PRIMITIVOS DE FABRICACIÓN DE LA ALFARERÍA EN LAS ISLAS CANARIAS". LAJARD, M. Sesión del 19 de noviembre de 1891, Biblioteca Nacional de París. Boletines de la Sociedad de Antropología de París, 4ª Serie, Tomo 2º.

Tengo el honor de mostrar a mis colegas una serie de vasijos canarios, antiguos y modernos, presentando analogías unos con los otros. Todos han sido fabricados a mano y con procedimientos que son los que, seguramente, se empleaban en tiempos de los Guanches.

Los viajeros han señalado en el Archipiélago numerosos lugares donde aún pervive esta industria.

He comprobado en Tenerife un cierto número de vasijos con características especiales según la localidad. Tenemos ollas de La Victoria y de Candelaria, con el gran bernegal adornado con semicírculos invertidos, que recuerda los vasos pintados por los antiguos habitantes, a pesar de sus dimensiones mucho más grandes y la superficie plana y estrecha de la base; sirve para recoger el agua que cae de los filtros (destileras). La talla de La Atalaya es ventruda y casi plana en su base, como eran las alfarerías de Gran Canaria en otros tiempos y como se ven en el Museo de Las Palmas. En esta magnífica colección, y como hecho destacable, señalar el contraste de la industria de las dos islas, que es sorprendente y por tanto, característico. De los cinco vasijos procedentes de Tenerife, ninguno es rentable; incluso en la colección que posee la galería del Instituto Provincial, en Santa Cruz de Tenerife, ocurre lo mismo. Una de las piezas que he estudiado pertenece al tipo que domina en Tenerife; tiene la panza alargada, ovoide y puntiaguda por la base, parecida a la cáscara de un coco. En la parte superior tiene la forma de un corto cilindro vertical, hasta culminar en la boca del vaso.

La industria encontrada en las cuevas de Gran Canaria, por el contrario, se desarrolla en numerosas formas variadas, teniendo todas como característica el fondo plano. Sobre una muestra de ciento cuarenta vasijos, sólo tres eran la excepción. Se puede decir, por tanto, que estas dos Islas son totalmente distintas desde el punto de vista de la industria alfarera, lo cual es digno de señalar.

El tostador es un gran plato, sesgado normalmente por un lado, al menos en Tenerife, y sirve para la fabricación del gofio. Colocado sobre algunas piedras entre las que se enciende el fuego, se le añade el trigo o el maíz (millo) que se tuesta mientras se mueve con un palo. A pesar de su gran diámetro y aspecto regular, es fabricado sin ayuda de torno.

Nada es más frecuente que estos ejemplos de una industria primitiva que aún hoy persiste. M. de Mortillot ha señalado y descrito la de Cassola, en Italia, donde la alfarería es negra. Allí no existe siquiera horno. El taller de los Pirineos ha sido descrito por M. de Quatrefages, pero los procedimientos están lejos de ser los mismos en todos los sitios.

Las mujeres de los Touaregs argelinos, que según parece fabrican tostadores parecidos a los de las Islas Canarias, tienen la costumbre de añadir (según M. Verneau) grasa en los mismos durante el guisado. Los indios del Golfo de Florida modelan sus

vasijos sobre calabazas y cestos de lianas. Se citan también, entre los productos de carácter inventivo de las poblaciones primitivas, las paredes de arcilla levantadas sobre los bordes de una piedra plana con el fin de transformarlo en vaso (en Malashka, Cook o Quatrefages). (...)

Los indios Galibis de la Guayana, según el estudio de M. Capitan, levantan las paredes de sus vasos con ayuda de rulos redondeados y soldados en forma de anillo. El fondo se compone de un disco plano.

En las Canarias, y en particular en La Atalaya, he podido seguir paso a paso la fabricación de la alfarería, mediante el enrollado del barro en espiral. La mujer está arrodillada, dado que son las mujeres, hoy como ayer, quienes se encargan de este trabajo, y enrolla el barro entre sus manos. Un poco de arena se extiende en el suelo para evitar la adherencia. El agua que sirve para amasar el barro llena un agujero en un rincón de la cueva. Algunas familias viven allí, en los reductos excavados por los Guanches al borde de un barranco escarpado. A medida que el rulo se alarga, se curva y suelda con los dedos para acoplarlo al precedente. Es ahí donde reside la diferencia del procedimiento descrito por M. Capitan. Esta unión se establece adelgazando en bisel el borde inferior y también sus extremos. Cada vuelta en espiral se sigue de la misma manera, en un enrollamiento regular y en espiral.



El trabajo se detiene de tanto en tanto. La mujer hace rodar el vasijo ligeramente y la operación continúa. La pieza es elaborada con las dos manos, sin plataforma, sin instrumentos de madera, los dedos lo hacen todo. El vasijo se termina mediante un frotamiento que borra las huellas dejadas por los rulos en sus puntos de contacto.

Una vez que los vasijos han sido puestos a secar, se pintan con una sustancia roja, molida en un molino de mano. Este polvo se prepara con una toba esponjosa muy roja, que se encuentra debajo de las coladas de basalto, donde el hierro ha sido probablemente sobreoxidado o, en cualquier caso, ha sido transformado muy adecuadamente. El color de este, aplicado en láminas delgadas, es muy vivo. Sabino Berthelot ha visto emplear esta sustancia en la policromía de los edificios de Las Palmas.

La operación de bruñido es la más interesante; se realiza con una piedra de lava, de una forma generalmente alargada. Los frotamientos prolongados marcan con frecuencia aristas en este útil; la muestra que he podido llevarme está ligeramente curvada en gancho en su extremo, pero este tipo es raro, siendo lo normal que se disminuyen y afilen por los dos extremos. La superficie aparece cubierta de finas estrías paralelas, labradas por los granos de arena mezclados con el barro. El gancho que observamos en el extremo del que yo presento, podría decirse que sirven de puente a nuestros bruñidores de piedra, que sirven a los doradores actuales.

El trabajo de pulido es largo; sirve no sólo para dar brillo a la alfarería, sino también para decorarla por el contraste con los tonos mates que quedan a los lados. En más de un vasijo podemos distinguir el vaivén de la piedra en forma de largos husillos ligeramente cóncavos, entremezclados y muy lisos. Se les encuentra idénticos en muchas alfarerías prehistóricas. La colección de la Escuela de Antropología presenta numerosas piezas tratadas de esta manera. Un vasijo moderno de Duyatyn, en particular, está cubierto de rayas entrecruzadas siguiendo dos direcciones y generando rombos; ...

Este pulido era empleado igualmente en América, y es probable que debió preceder en muchos lugares al empleo de los barnices metálicos.

El instrumento de piedra que se emplea en este trabajo constituye el único utillaje de los insulares canarios para la cerámica. Me ha parecido merecer una mención especial tanto por la rareza de su empleo como por su desaparición sin duda próxima.

DISCUSIÓN.

M. GABRIEL DE MORTILLET: "Entre las alfarerías recientes de Tenerife que nos acaba de mostrar M. Lajard, hay una que me ha parecido la más interesante. Se trata de un gran recipiente decorado a su alrededor por pequeños mamelones. Estos mamelones y la parte superior del recipiente hasta su boca, están coloreados en rojo lustrado. Nuestro colega nos ha hablado de una pintura al temple de un barro colorado. Lo cual creo que es insuficiente para dar un color tan oscuro como tan nítido.

Esta coloración en rojo de las terracotas se encuentra en ciertas alfarerías prehistóricas de nuestras regiones. Me gustaría saber con certeza cómo la obtienen los Canarios actuales ¿Emplean el ocre, teniendo cuidado en lustrarlo, por frotamiento, después de aplicar el color?.

M. LAJARD: Dice que la respuesta de la pregunta de M. de Mortillet se encuentra en una parte de su trabajo, que no ha sido leída en sesión. La materia que sirve para la decoración de las alfarerías es recogida por debajo de las corrientes de lavas antiguas. Las cretas a sí calcinadas, presentan una superficie calcinada y vivamente colorada, en la cual los Canarios eligen los puntos más rojos. Esta sustancia es seguidamente diluida por medio de la orina.

M. VERNEAU: Responde a M. de Mortillet que la sustancia empleada para colorear las alfarerías es ciertamente el ocre, del que él ha aportado numerosas muestras que han sido estudiadas. Dicho ocre se encuentra abundantemente en ciertos puntos de Canarias, por ejemplo en el barranco de Tirajana, donde puede ser recogido sin la menor dificultad. Una vez disuelto en una mezcla de orina y aceite de pescado, es aplicado a los vasijos ... siendo seguidamente bruñidos por frotamiento, con la ayuda de una pequeña piedra lisa, frecuentemente n simple guijarro rodado.

M. LAJARD: Señala que no ha hablado más que de las alfarerías modernas, por lo que sería bueno decir algunas palabras sobre la elaboración de las alfarerías antiguas. Es muy probable que los procedimientos empleados en otros tiempos fuesen los mismos que en la actualidad, debiendo ser esto lo que los antiguos insulares legaron a los modernos habitantes, ya que los conquistadores del siglo XV conocían el torno de alfarero; si ellos

fueron los maestros de los ceramistas actuales, estos emplearían el torno, lo cual no ocurre. Además, las formas modernas recuerdan a veces exactamente las formas antiguas. En este sentido, explorando una cueva de San Lorenzo (Gran Canaria), M. Verneau encontró, al lado de vasijos, pequeñas piedras, ligeramente porosas, cuidadosamente pulidas en una de sus caras, cuyos poros estaban rellenos con un barro parecido al de los vasijos; debieron servir para pulir la pasta, como aún se hace en la actualidad. Es común encontrar entre la pasta de los viejos vasijos, pequeños fragmentos de roca o de concha destinados, sin duda, a asegurar su solidez. Pero las alfarerías antiguas estaban sin duda cocidas, siendo equivocada la pretensión de que estaban simplemente secadas al sol. En Lanzarote, M. Verneau ha visto incluso verdaderos hornos de alfarero; en uno de ellos se descubrieron tres vasijos ya cocidos.

La alfarería anterior a la Conquista tiene frecuentemente el fondo redondeado, siendo excepcional ver bases realmente planas. En ciertas islas, principalmente en Gran Canaria, los vasijos estaban provistos de asas perforadas horizontalmente, muy anchas por encima del orificio. Estas asas, cuya fuerza reside en la parte superior, servían para colgar la pieza, lo cual se ha probado directamente.

En principio, la cerámica antigua difiere bastante de una Isla a otra y, a veces, de una localidad a otra de la misma Isla. En sus publicaciones sobre las Canarias, M. Verneau ha insistido lo suficiente sobre estas diferencias, como para no tener que volver sobre el tema ...

M. Capitan indicó a la Sociedad los procedimientos empleados por las mujeres Galibis, llegadas hace ya algunos años al Jardín de Aclimatación, para elaborar su alfarería. Ellas ejecutaron, ante la Sociedad, un pequeño recipiente de arcilla siguiendo estos procedimientos, de la forma siguiente: Se enrolla el barro en una plancha con la palma de la mano, para obtener rulos de 2 a 3 centímetros de diámetro y de 25 a 30 centímetros de largo; previamente se ha dispuesto sobre otra plancha una pequeña capa de arcilla, regularmente circular, que formará el fondo del recipiente. Se coloca entonces, alrededor de este fondo, un rollo de barro cortado según la dimensión de aquel, uniéndolos sus dos extremos; por encima de este rollo se dispone otro exactamente de la misma manera; sobre este un tercero así hasta que se haya llegado a la altura deseada. Entonces, por medio del dedo o de un fragmento de calabaza, se aplanan los rulos, soldándolos así y adelgazando las paredes hasta conseguir el espesor deseado...

"LA TALAYERA" GONZÁLEZ DÍAZ, FRANCISCO. Revista semanal "El Museo Canario", Tº: X, Cuaderno 10. Las Palmas de G.C., 15 de marzo de 1901.

En su rudeza selvática y en su enriscamiento montaraz, este tipo del país canario que os presento, lectores, merece ser conocido, como lo merecen las figuras desencuadradas, desalojadas, que se están retirando en medio del himno triunfal del progreso, pero que todavía viven. Viven aparte, guarecidas de la inundación en las alturas, mientras las aguas suben y ellas las ven subir con creciente espanto.



Hay un rincón salvaje de esta isla de Gran Canaria donde habitan mis heroínas con sus familias, al modo de la tribu en el aduar. Se llega a la aldehuela mísera de su refugio, luego de vencer agrias pendientes, por caminos que se desarrollan entre vergeles, en subida rápida y agradable que a cada momento ofrece una sorpresa a los ojos cegados por

el exceso de luz tropical. La majestuosa perspectiva de las montañas envuelve al viajero, quien no puede mirar a cualquier parte que sea sin que le abruman con su grandeza las cumbres sucediéndose como gigantesca escalinata para ganar el cielo y apareciendo, por fingimientos del espejismo, más grandes aún de lo que son en verdad. Además, también por efecto óptico, dijérase que cada vez más se alejan y que mágicamente realizan un movimiento de traslación.

Arriba, arriba, que el ascenso es hermoso y el camino, aunque empinado, se hace suave por los gozos que al ánimo brinda el paisaje encantador. Desde Las Palmas, a través de la serpeante carretera, no cesan de sucederse los campos labrados, los diversos cultivos. Las palmeras, con su pomposa elegancia, nos saludan al paso, tristes como desterradas, y nos envían, desde las cúpulas de sus copas cimbreantes, rocíos de perladas notas; orquestas de pájaros variopintos ocultos entre las palmas nos dan música divina. Los pájaros aquí compiten en número y belleza con las flores; por eso, por la copia de flores y de pájaros ha recibido nuestro país el nombre delicioso de paraíso. Arriba, arriba. Ya se descorrió el velo blanco que ocultaba el perfil de los últimos picos, erguidos y aguzados como flechas, como flechas de nieve, porque en aquella altitud la nieve cuaja en diamantes deslumbradores; el azul cerúleo mezcla su pureza con la cándida blancura de los copos, semejantes a plumas de cisne llevadas por el viento. Caído el *velum*, parece la lejana sierra del fondo, con su resplandeciente crestería, una catedral ciclópea.

Por fin llegamos a La Atalaya, el rincón salvaje a donde quería conducirnos, habitáculo de una tribu sórdida y bizarra cuya fisonomía no ha perdido aún ninguno de sus singulares rasgos característicos. Hasta allí no ha llegado la civilización con su rasero implacable. Como aquel hay muchos escondrijos de miseria en Gran Canaria; pero ninguno tan original. Allí se ha refugiado lo pintoresco de nuestra raza, barrido y borrado de todas partes. Allí está el curiosísimo animal de altura llamado la *talayera* por corrupción de su verdadero nombre, que se ha encaramado a un risco y se ha encerrado en cuevas casi inaccesibles, llevándose consigo una tradición de bárbara altivez e intransigencia.

Las habitaciones abiertas en la roca parecen cubiles; tienen algo de la caberna primitiva. Ampara a una raza indomable en cierto modo, refractaria, impermeable a la

cultura, la *talayera*, la hembra es todo; el macho, nada o casi nada. Como en ciertos países americanos, ... , los hombres en La Atalaya gozan el privilegio de no trabajar; su misión hállase reducida a tomar el sol cuando lo hay. Y la cumplen a conciencia, por la mayor parte, estándose manos quedas, mientras ellas se mueven y afanan. Las costumbres de la isla de San Balandrán imperan en aquella esconditez selvática, donde un feminismo avasallante anula al hombre al mismo tiempo que lo endiosa.

También suele reinar por aquellos encumbramientos el amor libre, el amor con alas, pero sin venda, sin solemnidades ni sonrojos; Luisa Michel se quedaría en éxtasis si alcanzara a contemplar en tan impensado sitio una tan completa realización de su bello ideal. Aquellos campesinos viven perdidos en el seno de la maternidad sin límites de la Naturaleza. Nacen, crecen, vegetan y mueren confundidos con el terruño ingrato, limitadísimo, donde se encuentran cuna, casa y sepultura. Puede decirse que forman, con sus viviendas, incrustaciones de la montaña. Raras veces que baja la *talayera* a la ciudad para vender en el mercado público los productos de su rudimentaria industria, creyérase que algo esencial de la montaña misma baja con ellas; no solamente se trae tierra de la altura en sus pies desnudos que desafían los guijarros y abrojos de los senderos, sino toda una visión de las cimas excelsas y toda una pasión de la soledad, odio instintivo al progreso, resistencia inconsciente a dejarse penetrar de las claridades que vienen de abajo y que la ciegan y la mortifican. Experimenta sensaciones dolorosas, en la imposibilidad de la acomodación, en el choque de su alma virgen con las refinadas impurezas de la vida culta. Pasa sin ver y apenas terminados sus tratos, tórnase a su atrincheramiento mucho más deprisa que descendió.

A mí me parece descubrir un sentido oculto, un sentido simbólico, en esta pasiva lucha. La montaña se rebela contra la ciudad, la ciudad no ha podido conquistar a la montaña. La *talayera*, indudablemente, es un símbolo.

Si la vierais venirse para Las Palmas los días de mercado, a más que regular andadura, desgastando los caminos con su durísimo pie descalzo, un pie que ha adquirido consistencia pétreo y grandor exagerado, un pie fenomenal sin forma, semejante a la pata de un dromedario. Recorre kilómetros y más kilómetros, a grandes zancadas, resistente y ágil, sin dejarse vencer de la fatiga. Arremangada la enagua de percal sobre el refajo encarnado, cogida con una mano la cesta que carga a la cabeza y con la otra los zapatos resolaos que lleva por puro lujo, pues no se los pone nunca por temor a echarlos a

perder, así atraviesa la *talayera* los pueblos del tránsito y así entra, arisca y desenfadada, en la ciudad.

Lo común es que vengan por grupos más o menos numerosos, cual si instintivamente se juntasen para librarse de un peligro imaginario. Algunas traen a la gitana sus cachorros, y con ellos y con todo lo demás menos los zapatos hacen la jornada. Ni el sol ni la lluvia las acobardan. Hechas están a las mayores inclemencias, como a las miserias mayores.

Se encuentran entre estas campesinas tipos de cierta belleza rústica no exenta de atractivos, belleza que resulta de la alianza feliz de la salud con la fortaleza. Líneas duras, pero correctas, de estatuas labradas en granito; macizas construcciones sin gracia, pero vistosas. Formas opulentas, colores sanos, recia musculatura, busto erguido, un escultor podría tomarlas de modelo para representar la fecundidad y la fuerza triunfantes. Fuertes y fecundas son, en efecto, como muy pocas mujeres. La Atalaya es nuestro valle de Paz.

Cultivan, conforme he dicho, una industria elemental, cerámica incipiente, alfarería simplisísima: fabrican utensilios de barro que en el lenguaje del país lleno de reminiscencias guanches llámanse *tallas*, *gánigos*, *tostadores*, *vernegales*. Hablan un castellano corrompido, degenerado, hasta venir a parar en una bárbara algarabía que pronuncian ásperamente, en gritos guturales y en articulaciones violentas. El habitante de Castilla que las oyese hablar por vez primera no encontraría semejanza alguna entre aquella jerga endiablada y el hermoso idioma nacional. Son varoniles, bravas, resueltas, acometedoras. Cuando surge entre ellas, por cuestión de pantalones o incompatibilidad de caracteres, algún conflicto, lo dirimen como verdaderas heroínas a puñadas y a mordiscos, sin permitir -eso nunca- que los hombres intervengan en su defensa.

En tales casos desátanse sus lenguas venenosas y se ponen cual digan *talayeras*, que es mucho peor que cual digan dueñas; vomitan por sus bocazas, en su habla enrevesada y bestial, injurias a borbotones, concluyendo por asirse de los moños y zarandearse furiosamente hasta que el cansancio las rinde o queda el campo por una de las luchadoras.

Hanse familiarizado con el inglés, a quien miran como un ser superior por lo maniabierto y dadivoso. Cuando un turista británico aporta por aquellas eminencias, todo el pueblo se solivianta y pone en movimiento. Los habitantes comienzan a salir de sus

cuevas como ratas de sus agujeros; nubes de chiquillos sucios, desarrapados, famélicos, que parecen brotar de entre las piedras, siguen al viajero, lo acosan con este grito repetido sin descanso: *¡Un cuartito! ¡Un cuartito!*.

Y el gran clamor de miseria sale de todos lados. Lánzanlo también los padres a la sordina; dijérase que las gallinas mismas lo cacarean y que los cerdos lo gruñen: ¡Un cuartito! ¡Un cuartito!. Si el inglés no abre la mano, corre el riesgo de que le apedreen, y para aquella gente es inglés, por extensión, todo extranjero y aun todo forastero, todo caballero.

El espíritu de la civilización moderna no ha llegado todavía sobre aquel recóndito campamento de bárbaros donde reina la *talayera*, magnífico animal de altura. Difícilmente se aclimata ésta a la ciudad; cuando se cree tenerla domesticada, escapa y se vuelve al monte a grandes trancos, tan zahareña como salió y siempre descalza, porque los zapatos le estorban.

**"RECUERDOS DE UN VIAJE A CANARIAS", MALUQUER I VILADOT, JUAN.
Barcelona, 1906. Pág.: 135.**

"... y tomando de nuevo la carretera nos apeamos al poco para tomar un pequeño sendero, que nos condujo en menos de una hora al lugar conocido por *Atalaya*, verdadero pueblo troglodita, recuerdo exacto de las casas guanches. Allí diseminadas, con fachada tan sólo, tosca y modesta siempre, se encuentran las casas en que viven los 564 habitantes de aquellos contornos montañosos llenos de barrancos y torrentes, dedicados casi exclusivamente a la fabricación de pucheros y útiles de barro, que trabajan a mano, sin torno alguno, pero demostrando una habilidad extraordinaria, pues mientras con la mano derecha dan molde a la pasta, con la izquierda le imprimen un movimiento de rotación que excusa el torno del alfarero. Vi fabricar algunos objetos de barro, y después penetré en algunas de aquellas casas, cuyo interior, sin otro techo que la roca viva, eran bastante limpias y cómodas, pero reducidas a uno o dos cuartos, llamando la

atención de los expedicionarios la elevación inmensa de las camas, a las que difícilmente podía subirse para acostarse sin utilizar por lo menos una silla a modo de escalera.



Vive Atalaya la vida primitiva, la guanche, y bien se puede afirmar que por un rato vivimos en el pasado canario, pues los que allí moran, no bien cruzados aún con la raza conquistadora, conservan el aire y facciones del pueblo aborigen.

"LA ALFARERÍA EN GRAN CANARIA". DUMPIÉRREZ RODRÍGUEZ, MARINA. Tradiciones Populares, I. Palabras y Cosas. Colección de ensayos y notas de folklore canario. CSIC. Instituto de Estudios Canarios, 1944.

Si bien es verdad que en los términos municipales de Tejeda y Guía de Gran Canaria se construyen objetos de barro, el centro de esta primitiva industria está en La Atalaya, junto a Tafira, y puede decirse que de la venta de esos objetos vive la mitad de sus habitantes. Parece que esos nativos nacieron sólo para este menester. El conocimiento o aprendizaje se vincula de padres a hijos y no se concebiría La Atalaya sin su alfarería, principalmente las mujeres, que son las que se dedican a ello. Ciertas

innovaciones un tanto modernistas en la construcción de objetos de barro y que iban adquiriendo carta de naturaleza, fueron cortadas por el malogrado Néstor, quien a fuerza de tesón consiguió que no perdiera su carácter antiguo y, hoy, puede decirse que la alfarería de La Atalaya es como era hace 100 años y el talayero el mismo de siempre, con el mismo vocabulario, gritón, pendenciero, pero laborioso. La Atalaya es de lo más típico y característico de las Canarias; el sector más importante lo constituyen cuevas muy bien enjalbegadas, con la pila en la puerta con su correspondiente bernegal; una profusión de loza de los más vivos colores; camas altísimas y antiguas; la caja de cedro o de olorosa tea y la media docena de taburetes y al pie de la cueva la artesa para amasar el barro, barro fino, más que encarnado, colorado. El barro, una vez resobado, se moldea a mano y pacientemente sin otro instrumento que las manos del alfarero, que le da las más caprichosas formas; al siguiente día de hecho y en los sucesivos, hasta que está ya a punto, o sea, un poco curado por el sol, se va repasando hasta restituirle la forma que se le dio al principio o rectificar algún defecto.



Luego se caldea el horno con arbustos y monte bajo que se suele llevar a hombros o en caballerías desde las Cumbres del Centro, distante de La Atalaya cuatro horas; ordinariamente es la retama la que sirve de combustible. Una vez *cardiada* (son las palabras de las talayeras) el horno se colocan los objetos y se dejan durante 15 o 20

horas; luego se extraen, se limpian de la ceniza de que se hallan llenos y las mismas mujeres que manipularon su construcción se desparraman por los pueblos del interior a vender la mercancía; en el Mercado de Las Palmas de Gran Canaria, de pocos años a esta parte, se suelen ver tendidos de loza de La Atalaya. Se hacen tallas (cántaros para agua), ollas (para guisar la leche), cazuelas (para tostar café), gánigos (pequeños recipientes para agua y otros líquidos), macetas, jarrones, palmatorias, artesas para amasar el pan.

Los precios son irrisorios en relación al trabajo que ocasionan; una talla, que es el artículo de más uso y cuya capacidad es de 12 a 15 litros, se compra por 2 ó 3 pesetas; muchas veces cambian los objetos por patatas, maíz y... hasta por higos chumbos. Las mujeres son las que se dedican, en un todo, a esta industria y por caminos y vericuetos llevan los objetos a todos los sitios, abriéndose paso con el consabido pregón de "*Cristiana, ¿compra losa?, Avemaría mujé y ¿porqué no me merca hoy na? Mire, los demonio me jundan si no está bien guisá; por mi sarbasión le rejuro que mejó no la merca. Ande, cristiaana, cómpreme argo*".

La loza ordinaria de mesa se lleva de fuera, como platos, escudillas, tazas, etc., generalmente de Talavera. El color de la loza que se hace en La Atalaya es el natural de la arcilla, encarnado pálido.

El agua para beber y demás usos domésticos se transporta en recipientes de lata (ordinariamente envases de petróleo y de aceite de oliva) y en tallas o cántaros de arcilla. Es raro encontrar ya utensilios de los antiguos pobladores de Gran Canaria; con un celo digno de lo el Museo Canario conserva todo lo que se ha podido encontrar en la Isla.

"VISITA A LA ATALAYA DE GRAN CANARIA" LEZCANO MONTALVO, PEDRO
Rev. "Tagoro" XVI. Año 1944, Págs.: 173- 184.

En la falda Sur del cerro está la más típica Atalaya. Por el Oeste, limitando a una serie escalonada de cercados, se extiende la otra Atalaya del turismo. Una tras otra, la civilización va prosaizando las escondidas bellezas primitivas.

Recordando las palabras un tanto tristes de la anciana hospitalaria, salgo del diminuto Pueblo:

-"Ya las mujeres no quieren el oficio. Apenas chiquillas, visitan la ciudad, y se dedican a otros menesteres, como "pintarrajearse los besos"..."

En el país de la cerámica canaria las jóvenes transportan el agua en un bidón de gasolina. El camino, que se ensancha año por año, lleva a aquellos lugares disonantes bocinazos.

Y pronto habrá chiquillos -quizá los nietos de las actuales artesanas- que jueguen a las bolas con las brillantes lisaderas.

Desde Tafira Alta, pasando por la carretera principal en un camino bordeado por chumberas y muros llenos de hierba y lagartos, he llegado a La Atalaya.



Un pequeño cerro aislado, con un centenar de cuevas y viviendas encaladas, es toda La Atalaya. Hay un "aroma" a granja sin ozonizar que me hace dudar del sentido olfativo de sus habitantes. Varios arrapiezos, que practican un nudismo moderado, me salen al encuentro con un turístico saludo: -"Guan peny".

-No soy inglés, les digo, a pesar de mis pies grandes y mi máquina fotográfica.

Quito la funda al aparato, pienso en el sol y en los metros que me separan de los jóvenes trogloditas, y... itac! Una placa impresionada. Pero, emulando a Herodes, los pequeños han quedado decapitados.

Cuestas empinadas y escaleras rústicas constituyen las calles de la aldea; no hay rueda capaz de escalarlas.

Perseguido a distancia por los pequeños indígenas llego, al fin, a una cueva donde trabaja una alfarera anciana. Saludo, deseando inspirar confianza, y quedo contemplando a la artesana, que en aquel momento raspa una inmensa vasija para gofio, aún sin colorear ni cocer. Procurando manifestar asombro y admiración por todo, induzco a la vieja a que me muestre y explique sus métodos de trabajo. Penetro en la cueva-taller, junto a la otra habitación encalada y limpia, donde mora la dueña. Husmeo por los rincones, contemplo el lecho, que fuera nupcial cincuenta años atrás, los utensilios, los cuadros.

La anciana está asombrada de mi asombro, y yo hasta me pregunto cómo puede ella no admirar sus mismas cosas. Todo es tan dulcemente anacrónico que me invade un inmenso deseo de no ser yo, de sumirme en el ambiente y confundir mi vida con la de estas gentes pequeñas y felices.

-Todo esto es muy bonito -le digo-. Sólo una vez había estado aquí, antes de la guerra...

Y la vieja, mientras se sienta con trabajo entre sus tallas y su barro, contesta:

-¿Qué guerra?

EL BARRO "MASAPÉN"

No he recibido claros informes sobre el origen del barro. Me ha parecido que es considerado por sus poseedores como secreto profesional. Unos declaran extraerlo de "los cercados"; otros, de los montes.

La recogida de la materia prima se lleva a cabo en verano, y todos los vecinos se proveían de ella, trabajosamente, después de cavar muy hondo, o comprándola a los hombres que lo extrajeron.

El barro se almacena en las cuevas, donde se endurece formando piedras compactas y de bastante dureza. Por ello existen depósitos en las cuevas (llamados *goros*) en los que se tritura el barro que va a utilizarse, se riega con agua y se amasa, usando los pies en esta operación.

Pero no queda así el material apto para su uso, es necesario mezclarlo con tierra arenosa común, recogida en la misma Atalaya. Generalmente, a la masa obtenida se añaden las "*raspas de mestura*", es decir, las esquirlas de barro residuales en el raspado de las vasijas anteriores.

-Faltan brazos - se quejan las mujeres-. El barro está muy hondo, y hay que cavar mucho, y a veces no se encuentra más que picón.

Pero creo que estas dificultades han sido exageradas por el agudo instinto comercial de las "comadres", para supervalorizar sus mercancías.

HERRAMIENTAS

En cinco minutos esta moderna troglodita ha fabricado ante mí una maceta de impecable línea. Ha tomado una "*pella*" de barro previamente trabajado, y sobre una losa recubierta de arena (para evitar que se pegue), ha hundido el puño en su centro, formando fácilmente el fondo y varios centímetros de la pared de la vasija; luego, recurriendo nuevamente a la gran masa de barro depositada a su lado, ha moldeado otra porción de barro alargada y cilíndrica, y uniéndola a la comenzada vasija, que hace girar entre sus manos, ha obtenido el recipiente completo.

Loceras de La Atalaya (Museo Canario, finales del XIX).

Pero aún su obra está tan tierna y flexible que la boca de la maceta pasa de la circunferencia a la elipse, entre las manos creadoras y activas.

No conoce , pues, este oficio más que estos tres tipos de instrumentos:

Guijarros para pulimentar.

Raspaderas de caña.

Y unas manos, las más preciosas herramientas que, al moldear, pulir y colorear, suplen al torno, al molde y a la brocha.

La mayor parte de las vasijas se fabrican de esta manera, con una sola pieza, menos algunas que, por constar de dos partes bien diferenciadas, se hacen por separado. Igualmente, las vasijas muy grandes se dejan secar al llegar a la mitad para evitar que el barro blando se desmorone.

RASPADO

Sécense los vasos, colocados boca a bajo sobre un suelo plano y horizontal para que no "se enciencen". Bastan tres horas al sol para que los utensilios pierdan el agua y adquieran consistencia suficiente. Entonces se emprende la ardua tarea del raspado, en la que se alisan los utensilios, valiéndose de una astilla de caña.

COLOREADO

Con un borriquillo, o a pie, los hombres y a veces las mujeres traen unas piedras rojizas de la cumbre: la "amágreá". Triturada en almireces de piedra, semejantes a los primitivos, la "amágreá" da una tierra encarnada parecida a la de cinabrio. Con la misma mano se frota este polvo humedecido sobre las vasijas, hasta colorearlas a gusto de la artesana. Debido a la adherencia del barro la pintura queda tan fija que difícilmente se destiñe al frotarla.

PULIMENTADO

Un poco de petróleo sobre la loza pintada obtiene el brillo, ayudado por la "lisadera". Se trata de un guijarro común, recogido en un lugar tan lejano que le llaman "la fin de la tierra", lecho de una antigua torrentera.

Existen diversas formas de "lisaderas", y cada cual tiene su cometido. Unas, picudas, sirven para pulimentar las bocas estrechas; otras, cóncavas, para las asas y los bordes; algunas, agudas, para grabados decorativos.

Lo interesante de estas piedras, es el valor de reliquia que les otorgan sus propietarios. Las buenas "lisaderas" son centenarias; pertenecían "a sus mayores", por lo que no logré que se desprendieran de ninguna, pese a mis ofertas, y me pareció que ejercía sobre las ancianas la atracción de talismán.

Las más viejas "lisaderas" están notablemente brillantes, pulimentadas a fuerza de pulimentar loza, lo que nos sugiere la moraleja de "docendo discitur", el profesor que se educa educando.

COCCIÓN

El fuego endurece el barro, pero disminuye el brillo y oscurece el matiz rojo de las piezas. Por ello los objetos de adorno se dejan crudos, si bien quedan frágiles, y al mojarse se desteñiría la pintura y se derretiría el barro.

Sólo hay un horno en La Atalaya, construido por un vecino que cobra (una peseta) por cada hornada.

Solamente hay un hornero en la aldea, hombre ducho en preparar el fuego y en obtener propinas de los visitantes, a los que espontáneamente sirve de cicerone. Me explica en un lenguaje pintoresco su trabajo:

-"Ca semana las comadres me llaman, cuando no llueve, puesa si se moja la loza s'irrite. Asiento la leña adentro el horno y pongo las tallas afileraitas (en fila). Aluego ensiendo y aspero jasta que quéen como el mismito fuego. Las saco pa fuera con un pitón (el tallo central de la pita), mojo el palo en agua, que de el calor se quema, y otra vez a lo mismo..."

Junto al horno, en efecto, veo una roca socavada en forma de pila, donde el "pitón" es humedecido para que resista la alta temperatura del interior.

PANCHO, EL ALFARERO

Se ha propagado en un escrito sobre La Atalaya el carácter casi varonil de sus mujeres, fundándose en el hecho de que son ellas quienes desarrollan la única industria de la localidad. Sin embargo, mi impresión ha sido la contraria. Es cierto que la alfarería está en manos femeninas; pero puede observarse cómo los aspectos más duros de esta misma tarea -cual la búsqueda del barro y la cocción de las vasijas- quedan encomendados al sexo fuerte.



Los hombres de La Atalaya me han parecido enteramente varoniles, y las mujeres dotadas de toda la feminidad que permite un trabajo continuado y fatigoso.

Traduciré a un lenguaje legible las palabras de un padre de familia "talayero".

-"Sólo las mujeres se ocupan de fabricar la loza; nosotros trabajamos la tierra. Pero hay un hombre que aprendió de su madre el oficio y lo practica. Es un "jeringao con las mujeres": Pancho. Ni se ocupa del campo ni hace lo que todo hombre".

No es precisamente a la holgazanería femenina lo que se

infiere de esta declaración.

Llevado por el interés de conocer al único alfarero del pueblo, penetro en su vivienda.

Retrato de Panchito. (Ecomuseo Casa-alfar Panchito, mediados de la década 1930)

El trato del tal Pancho corrobora los tan despectivos informes recibidos. Sus productos no difieren de los conocidos; sin embargo, otras aspiraciones y esfuerzos por distinguirse dicen en favor de la supremacía del sexo.

En la "Plazuela de los Patos", de Las Palmas, hay unas tallas y bernagales de asas curvadas que, a decir de su autor Pancho, fueron tomadas de los estilos "guanches" del Museo Canario.

VARIEDADES DE PIEZAS

No es muy nutrido el repertorio de estas alfareras. Se limitan a repetir los modelos aprendidos de sus madres, con una docena de variedades. Abundan las macetas (que en otros pueblos de la isla se fabrican con rodillo o torno), las tallas típicas, los braseros para sahumero, bernagales, jarros para gofio, tostadores de maíz, calderos, y vasijas grandes, redondas, de un metro de diámetro que hacen de despensa, nevera y almacén para muchos isleños. A estas formas se limitan las "talayeras", a no ser por los encargos, que reciben del exterior, los cuales despiertan en ellas el estímulo de la competencia y el deseo de superación. Entonces aparecen las jarras, los floreros esbeltos, las ánforas, los vasos de adorno, etc.

En algunas épocas, como fines de año, la fabricación alcanza otros objetivos. Alrededor del día de Reyes los antedichos modelos, en miniatura, son fabricados para colmar los zapatos de los niños humildes. Además, cediendo a encargos interesados, se fabrican objetos de distinta categoría: casetas para palomas, bandejas, botijos, cazuelas de bodega, ceniceros, fogones...

ELEMENTOS DECORATIVOS

Fácil es apreciar que las aspiraciones estéticas de la cerámica popular actual no superan al deseo de utilidad. Las formas, en general, sacrifican su elegancia por la facilidad de manejo. En cuanto a elementos decorativos, las actuales alfareras no se esfuerzan por conseguirlos, y puede decirse que es en las asas únicamente donde los hay.

Las sinuosidades en que acaban algunas bocas, o ciertas franjas con burdos grabados geométricos, vistas raras veces, son las únicas manifestaciones del sentido estético de estas artesanas. El grabado y el dibujo de la loza son casi desconocidos para ellas.

Comparando esta alfarería con la canaria primitiva puede afirmarse que, lejos de progresar, hay un evidente retroceso en cuanto a los recursos de belleza. Fabricados hoy, llamarían la atención, por lo perfectos, los vasos canarios (como los de Guayadeque o Gáldar), o la jarra canaria conservada en el museo de Las Palmas, con pintorescos ornamentos y asa magestuosa. Cotejando la cerámica actual isleña con algunos vasos originalísimos de Fuerteventura, anteriores a la Conquista, aquella resulta ciertamente rudimentaria.

Es indudable que, si sobreviviesen seis siglos, los vasos fabricados hoy no conservarían el magnífico temple casi metálico, que demuestran las obras de los primitivos isleños.

A la izquierda, una pieza canaria de los primitivos habitantes; a su lado un "bernegal" moderno de La Atalaya. El "pitorro" casi vertical, tan común en la loza primitiva, es ya en esta vasija "guanche" sólo un elemento de adorno, pues no tiene comunicación con el interior. Tanto las asas como la forma de ambas piezas son semejantes, y probablemente ambos modelos han sido destinados al mismo uso.

"EL PUEBLO TROGLODITA DE LA ATALAYA, GRAN CANARIA". JAMES WALTON, F.S.A.. Rev. MAN, vol.: 3, LVII, art.: 38; págs.: 49-50. Londres, abril de 1957.

El pueblo de La Atalaya está formado casi en su totalidad por cuevas de habitación esculpidas en la ladera que se levanta escarpadamente desde el barranco de Las Goteras, hasta el oeste de la caldera de Bandama. La ladera desciende en numerosas y estrechas terrazas de tal forma que el patio de una cueva hace de techo a la que sigue más abajo. El principal interés del pueblo radica en los lazos de unión con la cultura Guanche, habitantes indígenas del archipiélago canario.



Las cuevas de La Atalaya podemos enmarcarlas en dos grupos tipológicos. En el primero de ellos, al que me referiré como "patio de tipo hundido", las habitaciones comienzan a partir de un "patio hundido" alrededor del cual se agrupan. En el segundo, de "tipo abierto", del cual deriva el primero, se entra a las habitaciones a partir de un área abierta situada frente a las entradas que pueden estar separadas del camino por un muro bajo de piedra o una valla, y suelen estar cubiertas por un toldo de tela, paja o cualquier otro elemento similar de los empleados para techumbre en aquella época.

La casa del alfarero, al que corresponde el plano adjunto, tiene un patio central excavado en la colina. A partir de este patio las entradas nos llevan a una habitación rectangular situada en la parte norte y a otra habitación similar situada hacia el este y hacia dos habitaciones comunicadas ubicadas hacia el lado oeste.

El lindero del patio es completado por el lado sur por una habitación de piedra seca edificada sobre una plataforma rocosa.

Las habitaciones rectangulares representan un mayor desarrollo en cuanto a sofisticación se refiere, una de ellas contiene la cama. Las otras dos, una destinada a almacén del barro y la segunda para la cerámica acabada, conservan características más

tradicionales. La habitación para el almacenaje del barro es circular y se accede a través de una larga entrada en forma de túnel, a cuyos lados se disponen escondrijos o nichos utilizados para cocinar. La habitación de la cerámica es casi rectangular y su uso principal es como almacén de las cerámicas tanto terminadas como en elaboración, a su lado se encuentra una especie de molino de mano circular, empleado para moler los vasijos rotos y el ocre. Los vasijos y la cerámica en general son hechos fuera, en el patio, donde el alfarero se sienta sobre una plataforma de piedra, donde se asienta una piedra llana circular. Los artículos más comunes producidos son las macetas, que pueden colgarse en la pared y que son hechas a mano mediante el método de añadido de barro en espiral.

...Las cuevas naturales son también convertidas en moradas, establos, cabañas y cobertizos para el ganado mediante la construcción de una pared en su parte delantera y es indudablemente cómo se originó la cueva de habitación.

El uso de las cuevas como moradas, el método de la manufactura de la cerámica y otros aspectos culturales tales como el empleo del veneno euforbio por los pescadores, el uso del gofio, maíz salado tostado, como dieta corriente, son en general considerados supervivencias de las costumbres guanches.

Cadamosto, veneciano al servicio del príncipe Enrique el Navegante, que visitó las Islas Canarias en 1455, escribió que los Guanches ni tenían casas, ni barracas, pero sí vivían en cuevas y cavernas en las montañas.

Únicamente las partes delanteras eran ocupadas y las alcobas eran excavadas en la pared para dormir. En las Islas Orientales, tales como Lanzarote y Fuerteventura, las cuevas no existían, por lo que se excavaban grandes hoyos en el suelo, recubriéndolos con paredes de piedra y techándolos con maderas y grandes lajas. La entrada consistía en una escalera en forma de túnel a través de un pasadizo bajo.

En muchos aspectos, los moradores trogloditas de La Atalaya son comparados a los de Túnez y Trípoli. **Despois** clasifica a los moradores de Trípoli en cuatro tipos diferentes: Horizontal; hundida con pequeño antepatio; hundida con gran antepatio y mixto, que contiene cuevas y *gorfas* (*ghorfas*).



El primer grupo incluye habitaciones excavadas en la ladera y el material producto de la excavación es depositado delante con el objeto de formar una plataforma llana, la cual es rodeada por una pared de piedra baja o seto. Es equivalente al de "Tipo abierto" de La Atalaya. En el segundo grupo las habitaciones están dispuestas a partir de un patio hundido, las cuales tienen acceso a través de una rampa. El tercer grupo es en cierto sentido similar al anterior, excepto que el patio es más grande y está completamente descubierto al cielo y la sala de estar principal es más grande. En cuanto a planificación son comparables a los de "tipo de patio hundido" de La Atalaya. La similitud en cuanto a planificación puede

extenderse también en varios detalles.

Las habitaciones en las cuevas de Trípoli tienen frecuentemente alcobas excavadas a los lados, que son usadas para dormir, siguiendo la costumbre de las cuevas de los guanches. Los hoyos de los lados de los roperos y estantes o nichos excavados en las rocas son comunes a ambas. Las entradas en forma de túnel no son frecuentes en La Atalaya o en la totalidad de Gran Canaria, debido a que las laderas rocosas adecuadas eran disponibles; sin embargo, es evidente en las fuentes literarias antiguas que las mismas eran usuales en Fuerteventura, donde el patio era excavado en el suelo, a modo de mina.

Debido a los efectos de la influencia hispana y al largo período de tiempo que ha habido para el desarrollo local, las similitudes entre las cuevas de Gran Canaria y del Norte de África están suficientemente marcadas y nos sugiere un origen común que abarca una difusión cultural que va desde el Norte de África hasta las islas Canarias a través de los Guanches. Los restos de esqueletos guanches indican afinidades bereberes o Shilluks, mientras que los esqueletos árabes se encuentran en Lanzarote y Fuerteventura. De acuerdo con **Espinosa** otras características culturales de los guanches confirman un origen norteafricano; **Harris** alude a las moradas trogloditas en Trípoli como representativa de una forma evolucionada de una característica prehistórica. Y **Crawford** expresa la misma idea cuando escribe: "*... es probable que el tipo especial de hábitat consista en cuevas que dan a un patio abierto, desarrollado en una temprana edad, probablemente en el Mediterráneo occidental. En una región de terreno suave y no rocosa*". Si esta sugerencia fuera correcta, significaría que las moradas de las Islas Canarias no indican una cultura difundida desde Túnez o Trípoli, sino que ambos grupos tienen un origen común en el Mediterráneo Occidental y representan una evolución paralela. Si embargo, hasta que no existan evidencias arqueológicas es imposible tomar una determinación.

"EL ARCHIPIÉLAGO CANARIO. RUTA DE LA CULTURA GUANCHE". SEMPERE, EMILI. Rutas a los alfares. España-Portugal. Barcelona, 1982.

Por una espléndida ruta que asciende multicolor entre los jardines de las residencias de campo, bordeados de flores, plantas y ejemplares de árboles poco comunes, llegaremos a la aldea de Santa Brígida y por esta a la vecina localidad:

LA ATALAYA, 250 hab. 2 obradores.

Sólo quedan dos obradores de los treinta alfares de finales del primer cuarto de siglo (XX). Estos se hallan en una situación realmente precaria, por la edad de sus dos únicos maestros: ANTONIA RAMOS SANTANA (c/ La Picota, 15) y FRANCISCO RODRÍGUEZ SANTANA (c/ La Picota, 12).

Ambos con 73 años, solteros, sin nadie que los sustituya, ni aprendices dispuestos a continuar la tradición, por lo que cuando dejen de trabajar estos dos loceros, se

extinguirá uno de los centros más relevantes de la isla. Poder ver el obrador es todo un símbolo: la *locera* Antonia, allí en su cueva, en la ladera del barranco y el alfar, vivienda de Panchito, en un patio cubierto de plantas y flores, envueltos por la atmósfera de trabajo, silencio y simplicidad, comenzamos a entender un poco más de estas vidas de artesanos.



Las piezas que estos dos maestros realizan vienen siendo las mismas de antaño: el *bernegal*, la *talla*, el *casuelo* de vino, *brasero*, *sahumerio*, *tostador*, *soperas*, *jarras*, *fogón*, *casuelas* y el *porrón* o *botijo* que antiguamente no se hacía.

Su sistema para modelar, como la posición es idéntico al anterior, lo único que varía es que en lugar de sentarse en el suelo, por su avanzada edad, se sientan en un cajón de madera.

El *barro*, como ellos denominan a la arcilla, se extrae del barranco de Coteras, en la parte alta del término, mientras que la arena se trae del barranco al pie de los alfares, que el agua de las tormentas se encarga de ir depositando en los recodos, pero

como en la actualidad gastan menos cantidad, les sale más barata recogerla al borde del camino. La *amagria* para el engobe, se trae del cruce del Tejar, se moja y se muele a mano en el molino de piedra.

El horno de parecidas características al anterior, tarda en cocer unas tres horas con retama y sarmientos. Una vez precalentado con un *pitón* (palo largo) se van colocando las piezas.

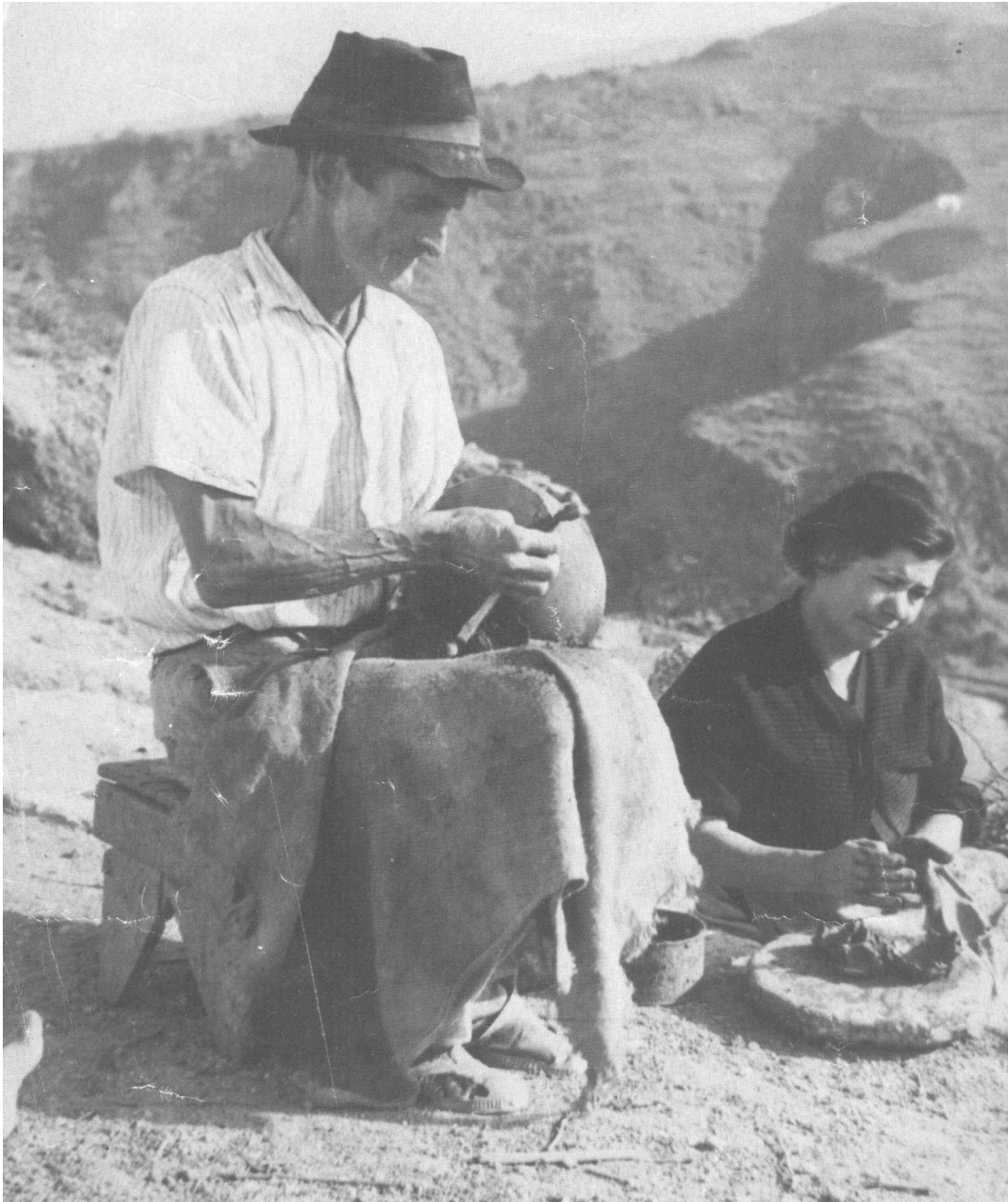
Su producción se solía vender en la zona del Teide (sic: leer Telde) y hasta en la ciudad de Las Palmas.

"LA ALFARERÍA POPULAR EN CANARIAS". GONZÁLEZ ANTÓN, RAFAEL.. Cap.: VII; Págs.: 81 y 84. Tenerife, 1987. La Atalaya (núm. 12)

El foco locero más importante de la isla que ha permanecido hasta nuestros días está situado en La Atalaya, localidad cercana a Tafira. Se trata de un cerro pequeño aislado con un centenar de cuevas y viviendas encaladas. De extrema pobreza toda la localidad, la tradición alfarera es muy antigua.

El lugar de obtención del barro es secreto y no nos fue comunicado por las alfareras consultadas. Siempre que hacen referencia a él dicen que lo traen de "los sercados". La recogida de barro se efectúa en verano, y todos los vecinos se proveen en esta estación. Transportado al alfar, se almacena en cuevas denominadas "goros", donde se endurece formando piedras compactas y de bastante dureza. Aquí se deja en curtimiento durante bastantes días y de él se va recogiendo a medida que se necesita para la confección de las piezas.

Una vez triturado el barro que va a utilizarse, se riega con agua y se amasa con los pies, variante técnica que no encontramos en ningún otro alfar. Pero aún no está el material preparado para utilizarlo, es necesario mezclarlo con arena recogida en el mismo pueblo. A la pasta así obtenida se le añaden las "raspas de mestura", es decir, el barro residual que ha quedado del raspado de las vasijas anteriormente fabricadas.



Otra variante local la constituye la presencia de una losa a modo de mesa, sobre la que se va a fabricar la vasija por el procedimiento del urdido. La alfarera trabaja sentada o de rodillas y no conoce más que tres tipos de elementos auxiliares: gujarros ("callados") para pulimentar, raspaderas de cañas y las manos.

Como tratamiento final, se proporciona a los cacharros una capa de "amagrea". Este almagre lo obtienen de unas piedras rojas que traen los hombre de las cumbres, y que una vez en el alfar es triturado en almireces de piedra y aplicado húmedo con la mano hasta colorear la pieza a gusto de la artesana.

El bruñido se realiza con un callado ("lisadera") recogido de donde ellas llaman "la fin de la tierra" por su lejanía del alfar. Para conseguir un mayor brillo de las paredes, las alfareras aplican un poco de petróleo sobre la capa de almagre y después le pasan la "lisadera".

Existen diversas formas de "lisaderas" y cada cual tiene su cometido. Unas "picudas" sirven para pulimentar las bocas más estrechas; otras cóncavas, para las asas y bordes; algunas puntiagudas, para acentuar grabados decorativos. Lo interesante de estas piedras es el valor de reliquia que le otorgan sus propietarios. Las buenas "lisaderas" son centenarias.

"Cada semana las comadres me llaman cuando no llueve, pues si se moja la losa, se "irrita". Pongo la leña dentro del horno, ensima de las vasijas "afileraitas", luego ensiendo y espero que estén como el mismo fuego. Una vez cosida, las saco por medio de un "pitón" mojado para que no se queme."

La variedad de las piezas fabricadas es muy corta y se reduce a los modelos enseñados por su madre. Encontramos las "tallas", "braseros", "bernegales", "jarros para gofio", "Tostadores", "calderos" y vasijas grandes y redondas de un metro aproximado de diámetro que utilizan para guardar vino y cereales.

El otro tipo de casa-cueva es idéntico al anterior pero el patio ha sido realizado vaciando el risco, dejando una reserva en el frontis que hará de cerramiento. Por último, el más modesto tal vez, sólo consta de las cuevas, que se abren hacia el camino que les hace las veces de patio, o hacia el borde de la ladera, terminando en una terraza formada por un muro de contención relleno con parte del risco, producto del vaciado de la cueva.

(Fotografías del archivo fotográfico de la Fedac, Cabildo de Gran Canaria)

Publicado por Gustavo Rivero Vega